

mentales. Pero el criterio de selección sigue haciendo de las suyas más de una vez: así, nada se dice de los Congresos de Barcelona de 1868 y 1870, entre otras muchas lagunas, merecedoras al menos de una justificación a pie de página. Otro tanto sucede con los orígenes del partido socialista obrero español, que, a mi modo de ver, no pueden estar ausentes de una antología sobre movimiento obrero. Ahí están el material de Reformas Sociales, los textos sobre el nacimiento del PSOE, cuya primera entrega ha publicado Arbeloa, o la propia aparición de *El Socialista*; una cosa es preocuparse preferentemente del anarquismo y otra no tener en cuenta lo que no corresponde a su área.

De forma desigual, y a pesar de los fallos de conjunto reseñados, Clara E. Lida ofrece en *Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español* una aportación útil, que posiblemente hubiera ganado en mucho de presentarse como apéndice documental de su anterior libro.

Una observación final: la coincidencia de que los números 9 y 10 de *El Grito de Carteya*, únicos que C. E. Lida utiliza en su antología (páginas 54-62), existentes según la bibliografía final en su archivo particular (CEL, pág. 497), permite esperar de la generosidad de la investigadora pueda hacer llegar una reproducción de los mismos al Archivo de la Diputación de Cádiz, de donde, con anterioridad a octubre de 1972, desaparecieron del expediente de recogida tres números del citado periódico (9, 10 y 24). La mención podría extenderse a *El Aldeano* de Puerto Real. Con ello se compensaría una pérdida de tanto interés para nuestros archivos, por recoger estas publicaciones la penetración del fourierismo en España. ■ ANTONIO ELORZA.

Prensa USA: La otra cara de Watergate

Primero fue la publicación de los documentos secretos del Pentágono; luego, apenas dos años más tarde, la revelación de la complicidad de altos funcionarios de la administración Nixon en el caso Watergate, de aún imprevisibles consecuencias. Dos escándalos de resonancia internacional y dos detonadores que los han provocado: *The New York Times* y *The Washington Post*. El enfrentamiento de estos dos colosos de la prensa con los centros de poder USA ha originado ríos de tinta, con los que se han cantado las excelencias del «cuarto poder», de la prensa libre y democrática en una sociedad que, al permitir su existencia, debe ser también, pese a todo, libre y democrática. Hasta *L'Express* dedicó recientemente su portada a Ben Bradle, director del *Post*, y varias de sus páginas a Bernstein y Woodward, los redactores que, tras once meses de trabajo ininterrumpido, levantaron el *affaire* Watergate, consiguiendo que el portavoz de la Casa Blanca, Ron Ziegler, les pidiera excusas, a ellos y al *Post*, públicamente y que Nixon llorara, por segunda vez, ante las cámaras de la televisión.

Pero, ¿puede considerarse al *Post* y al *Times* como representativos de los casi dos mil diarios que se editan en Estados Unidos? La actitud crítica y honesta de los dos periódicos de la costa Este, ¿es la regla o más bien la excepción de la prensa norteamericana? En este sentido resulta enormemente revelador el trabajo de Ben H. Bagdikian, *The effete conspiracy*, de reciente aparición en España (1). Libro desigual, anárquico, incluso tedioso en oc-

siones, que agrupa quince capítulos o, mejor, artículos sobre la prensa estadounidense y que tiene el mérito de arrojar algo de luz sobre esa cara oculta que nos permite ver el destello del *Times* y del *Post*.

Los beneficios de las empresas periodísticas, señala Bagdikian, son un 76 por 100 más altos que los del promedio de las demás industrias norteamericanas. No tenía por qué ser de otro modo, continúa el autor, en un país rico, donde se lee mucho y existe un gran interés por los asuntos públicos. Sin embargo, la calidad media de la información deja bastante que desear: según el profesor Scott Cutlip, de la Universidad de Wisconsin, un tercio de todas las noticias que se publican en USA están inspiradas, más o menos directamente, por agentes publicitarios y de relaciones públicas; por otro lado, se advirtió que más del ochenta por ciento de las informaciones contenidas en un diario eran producto de la propia fuente de la noticia.

En general, los propietarios de periódicos son conservadores y republicanos, mientras que entre los empleados predominan los demócratas. Las grandes empresas invierten en negocios periodísticos y controlan así cualquier tipo de información que pueda lesionar sus intereses. El apoyar la ley de Derechos Civiles de Johnson, el nombramiento de determinado magistrado del Tribunal Supremo, la campaña de un candidato con programa «liberal» puede ser motivo suficiente para despedir al director del diario en cuestión. Como fue el caso de William P. Stevens, que remozó e hizo aumentar considerablemente la tirada del *Houston Chronicle*, ofreciendo a sus lectores una información más exacta y contratando los servicios del *Post* y el *Times* y a co-

lumnistas del centro, como James Reston o Max Freedman, con lo que el *Chronicle* comenzó a ser denominado por los sectores conservadores de Houston como su «Pravda» y Stevens fue despedido al poco tiempo sin la menor explicación, pese al interés del propio Presidente Johnson porque continuara en su puesto.

Estas limitaciones a la libertad de información se traducen claramente en el hecho de que sólo un 17 por 100 de los graduados en periodismo ejercen la profesión, dedicándose el resto a empleos más lucrativos y, sobre todo, más satisfactorios.

En 1963, el senador J. William Fullbright y su Comité Senatorial de Relaciones Exteriores inició una encuesta sobre lo que, un poco eufemísticamente, se llamó «Actividades de representantes no diplomáticos de jefes extranjeros en los Estados Unidos», es decir, relaciones públicas y propaganda de gobiernos extranjeros a través de los medios de comunicación estadounidenses. Se descubrió así que las grandes agencias de prensa enviaban con frecuencia artículos gratis a los diarios que contrataban sus servicios. Artículos que en muchas ocasiones procedían de unos departamentos especiales de la propia agencia donde, por ejemplo, Trujillo podía, previo pago de una módica cuota, contratar la difusión de noticias favorables a su régimen en cientos de periódicos de los Estados Unidos, que aparecían firmadas por un redactor de la agencia en cuestión. El comité se encontró también con que varios directivos de agencias, diarios y revistas habían sido invitados generosamente a pasar sus vacaciones en Méjico o Angola, a cambio de escribir a su regreso algún reportaje sobre, por ejemplo, las bondades turísticas del país vecino o lo jus-

ta y generosa de la administración portuguesa en sus territorios africanos. «Desde cualquier enfoque —afirma Bagdikian—, los Estados Unidos producen los noticiarios cinematográficos de menos calidad ética del mundo. Resulta casi imposible ver un noticiario en los Estados Unidos sin que éste incluya publicidad a favor de alguien». Otro dato a tener en cuenta: el 75 por 100 de los directores de periódicos ignora de dónde procede el material que le envían las agencias; simplemente lo publica.

La última parte del libro estudia las relaciones de la Presidencia con la prensa. Kennedy, gran lector que devoraba docenas de periódicos diariamente, aunque optara en seguida por la televisión como medio más eficaz; Johnson, que telefoneaba personalmente a los columnistas para felicitarles o criticarles por sus opiniones, y Nixon-Agnew, con los que el enfrentamiento ha llegado al máximo. Y, sin embargo, la irritación de Agnew con la prensa no debiera tener base. El 80 por 100 de los diarios apoyaron a Nixon en 1968, cuando venció a Humphrey, y actualmente controla más del 75 por 100 de la circulación total.

La maniobra consiste en enfrentar a los diarios de las pequeñas ciudades —conservadores en su mayoría—, a los portavoces de la «América real» con los de las grandes ciudades, en especial de la costa Este, que son los que crean problemas, gravísimos problemas, a la administración. Lo peor es que, como señala Bagdikian, los propios editores de periódicos están convencidos de la veracidad de los ataques de Agnew contra la prensa y ven con temor a sus reporteros participar en una conspiración radical liberal. Una conspiración estéril, como demuestra la realidad. ■ JUAN GONZALEZ YUSTE.

La Edad de Oro para uso de todos

Probablemente en la mayor parte de las épocas se ha tenido una sensación de culmen: el progreso, la civilización han llegado hasta aquí y son imperfectibles. Es un punto de vista conservador, generalmente emitido por las clases dominantes o triunfales, para las cuales todo cambio tiene el riesgo de llevarlas a peor situación. En nuestro tiempo están apareciendo bastantes doctrinas que tienden a la detención del progreso que a muchos empavorece por la contemplación de algunos fenómenos determinados —la acumulación urbana, la población o contaminación, las destrucciones ecológicas, el crecimiento demográfico...—, y este pavor puede provocar, por reacción, un punto de vista optimista: hemos llegado a lo mejor posible. Es la idea que sostiene el profesor Günther S. Stent, un berlinés de la Universidad de Berkeley (Estados Unidos) especialista en biología molecular, disciplina de la que extrae consecuencias filosóficas (1). Su idea es que «el progreso en general y la actividad creadora en particular están alcanzando sus límites en la actualidad»; y ello es porque alcanzamos la Edad de Oro. Estamos tan acostumbrados a las utopías negativas que describen un mundo feliz o un 1984 perfectamente aterradores, que la utopía positiva y al alcance de la mano nos parece extraña. Y boba. Stent, que vivió un movimiento exaltante para él en los acontecimientos de la Universidad de Berkeley en 1964, creyó que podría relacionar ciertos aspectos de la actitud «hippy» con ciertas formas de sociedad per-

(1) Günther S. Stent: «El advenimiento de la Edad de Oro. El fin del progreso», versión castellana de Domènec Bergada. Seix Barral, Serie Mayor. Barcelona, 1973.